

El de hombres , de caballos y carretas
Escuchando Grifon , su escudo embraza
Y viste la coraza
Que impenetrables hizo
De protectora mágica el hechizo.

Tambien su cota viste el de Antioquia ,
Y marcha de Grifon en compañía.
Gruesas lanzas , robustas como entenas ,
Entrégales el huésped , que seguido
De un escuadron lucido
Al campo viene con los dos guerreros ,
A quienes da sirvientes y escuderos.

Allí llegando , sin mostrar deseo
De salir al combate , se retiran
Del sitio del torneo ,
Y á los guerreros que á lidiar aspiran ,
Uno á uno y dos á dos , mostrarse miran.
Cual , el color acompañando al arte ,
Su gozo ó pena muestra en su estandarte ;
Cual dice en su cimera y en su escudo
Si le es benigno amor ó si le es crudo.

Armábase cual se arma el Occidente
En aquel tiempo la siriaca gente ,
Que sin duda esta usanza
Tomó del Franco , dueño de la tierra
Donde el sepulcro del Señor se encierra ;
Tierra que , bien que altivos sin pujanza ,
Dejan hoy los cristianos
En poder de esos bárbaros paganos.

En vez de combatir por el aumento
De la fe de su Dios , necios ó locos ,
La guerra se hacen entre si los pocos
Que tienen de su ley conocimiento.

¡Gente española , helvética y francesa!
Y tú , Germania , el hierro sanguinario
Que contra el pueblo que tu ley profesa
Tu ciego enojo de vibrar no cesa ,
Vuelve hoy contra tu pérfido adversario.

Si quereis cristianísimos los unos ,
Los otros que católicos se os llame ,
¿Porqué , porqué vuestra codicia infame
En la sangre se ceba
De aquel que acaso vuestro nombre lleva ?
¿Porqué Jerusalem gime oprimida
En poder de esa turba fementida ?
¿Porqué á Bizancio el árabe perverso
Ocupa , y lo mejor del universo ?

Y tú , vecina de África , ¡ oh España !
De quien tantos ultrajes recibiste ,
¿Porqué , impunes dejándolos , tu saña
Diriges hoy contra la Italia triste ?
En la embriaguez de reprobados goces ,
¡ Oh Italia ! ¿ no conoces
Que de aquel que tus leyes respetaba
Estás hoy hecha la servil esclava ?
Y tú , ¡ Suizo infeliz ! si á Lombardia
El recelo te guía
De morir de miseria allá en tu choza ;
Si del ajeno pan escasas migas
O pronta muerte por piedad mendigas ,
¿ Porqué de Europa , ó de la Grecia al ménos ,
No corres á lanzar los Sarracenos ?
Tesoros ganarás con tal victoria
Y con la muerte duradera gloria.
Tambien hablo al Tudesco tu vecino.
De allí no estan muy léjos las riquezas
Que de Roma condujo Constantino ;
Ni el Edmo , ni el Pactolo , que oro fino
Arrastran , ni la Libia , la Migdonia ,
Ni aquella tierra venturosa y rica
De quien la historia el esplendor publica.
Y tú , Leon , que á los mortales puedes
Cerrar y abrir las eternas sedes ,
A Italia no permitas
Vivir mas tiempo en lánguidos placeres.
Tú , tú su sosten eres ,

Y si el nombre que llevas te dió el cielo,
Fué porque en su defensa
La fuerza unieses y el valor al cielo.

Mas, de uno en otro asunto,
¿Adónde, adónde va la pluma mia?
De retornar de mi partida al punto
Es, sin embargo, tiempo todavía.
Ya dije cual, á la francesa moda
Vestido, el sirio acude á la ancha plaza,
Cubierta entónces toda
De guerreros con yelmo y con coraza.

Las bellas damas rosas y jazmines
Arrojan á los bravos paladines.
Sus ágiles bridones
Al son de las trompetas y clarines
Hacen ellos salir á la palestra.
Uno su gracia en manejarlo muestra;
Rigiéndolo con mano poco ducha,
Del pueblo otro tras sí la risa escucha.

El premio del combate ser debia
Bella armadura hallada en un camino
Por un mercante que de Armenia vino.
Una espléndida túnica, cuajada
De oro tan rico y tanta pedrería
Que inestimable su valor hacia,
Añadió Noradino
Al bello don, que para sí guardara,
Si su mérito inmenso sospechara.

Mas de una lanza rota,
Mas de una fuerte cota
Cedió ya al choque de tajante espada,
Cuando vino Grifon á la estacada.
Ocho jóvenes nobles, aguerridos
Y al rey caros, se muestran en la plaza,
Dispuestos á fidiar solos ó unidos,
Con asta, espada ó maza,
Contra todo el que prueba
A hacer con ellos de valor se atreva.

No ménos que en combate verdadero,
Con sus golpes crueles
Hacen saltar lorigas y broqueles.
La sola diferencia
Que entre este juego y un combate existe,
Es que del rey se deja á la prudencia
El evitar todo suceso triste.

El fementido moro de Antioquia,
Martano apellidado, se presenta
En el campo tambien, haciendo alarde
De la sombra de esfuerzo y osadía
Que á su pecho cobarde
Infunde de Grifon la compañía.
Con él se llega de la liza á un lado,
Y el fin allí de una batalla fiera,
Por dos guerreros disputada, espera.

El señor de Selenco, que era el uno
De los ocho que dije, combatiendo
En esto con Ombruno,
Dale en el rostro un golpe tan tremendo,
Que pone fin á su gloriosa vida.
Por todos fué sentida
La muerte de este noble caballero,
El mas bravo y cortes del mundo entero.

Testigo de tan áspera refriega,
Al terror y á la fuga el vil se entrega.
Grifon, que está á su lado, con el gesto
Y con la voz le anima
A embestir á un guerrero que, dispuesto
A combatir, hácia ellos se aproxima.

Cual can que, por su dueño estimulado,
Diez pasos, tal vez veinte, al lobo sigue,
Y, parándose luego de repente,
De miedo mas que de ira
Ladra cuando oye el rechinante diente,
Cuando la llama de sus ojos mira;
Así, trémulo, el tímido Martano
Vuelve el corcel hácia la diestra mano.

Excusarse su fuga bien podia,
La culpa atribuyendo à su caballo;
Mas, al ver la flaqueza y cobardía
Con que el acero esgrime,
Su defensa no creo
Aceptara Demóstenes sublime.
Huyendo, pues, por medio à aquel gentío
Y escuchando insultante vocerío,
Pasa el vil como loba que, acosada,
Veloz corre à esconderse en su morada.

Turbado el buen Grifon, en una hoguera
Mejor que donde está verse quisiera;
Fuego lanza su vista; el pecho arde
Como si suya aquella mengua fuera:
El pueblo todo verle dar espera
Cual à Martano pruebas de cobarde;
Mas Grifon, que el efecto producido
Por la fuga de aquel horrar pretende,
El bridon empujando, se adelanta,
Y con su fuerte lanza en tierra extiende
Al de Sidon, que en breve se levanta.

Grifon le deja y torna à la pelea;
Y recobrando el asta, en tres pedazos
La hace volar, hiriendo en lo mas alto
Del escudo al señor de Laodicea,
Que, sorprendido por tan rudo asalto,
Pálido y aterrado, titubea.
Recobrándose en fin, la espada saca,
Vuelve al caballo y à Grifon ataca.
Al ver Grifon que del arzon no basta
A sacar este embate à su enemigo,
« Lo que no pudo el asta
« Con la espada, » se dice, « à hacer me obligo. »
Y dándole en la sien un golpe rudo,
Otro redobla, y otro,
Hasta que al suelo arrójale del potro.

Dos hermanos de Apamia allí se hallaban,
Corimbo y Tirsis, ínclitos guerreros

Que acostumbrados à vencer estaban.
Al hijo de Oliveros
Ceden los dos. El uno à tierra viene
Al primer choque; contra el otro tiene
Que usar Grifon su espada. De la liza
Vencedor cada cual le preconiza.

En ella se presenta Salinterno,
Gran mariscal é ilustre condestable,
Cuyo brazo, en la guerra formidable,
De la Siria en la paz tiene el gobierno.
No pudiendo sufrir que de esta lucha
Venga à obtener el premio un extranjero,
Enarbola su lanza

Y furibundo hácia Grifon avanza.
Entre diez lanzas la mas fuerte elige
Grifon, y la dirige
Contra el broquel de Salinterno. Escudo
Y peto y pecho y espaldar traspasa,
Saliendo por detras el hierro crudo.

Por su avaricia odiado,
Del pueblo el mariscal ni un ; ay! obtuvo;
Solo el rey triste de su muerte anduvo.

Tambien vienen à tierra en corto instante
Dos de Damasco, Ermófilo y Cormundo;
General el primero, y almirante
De las tropas del rey es el segundo.
Quedaba solo el de Seleuco. Armado
Mejor, mejor montado
Y mas pujante que los otros siete,
En la lid presentándose, acomete
Al buen Grifon. En el contrario casco
Con furia igual se estrella cada lanza;
Mas, del violento choque à la pujanza,
Pierde el izquierdo estribo el de Damasco.

Sueltan las lanzas, y con hierro en mano
Se atacan ambos con furor no visto.
Al pagano el de Cristo
Un golpe da que un yunque apedazara,

Y que el hueso y el hierro del escudo,
Escogido entre mil, saltar haciendo,
El muslo le tronchara,
A no ser la armadura
Que le encubre tan sólida y tan dura.

A Grifon su adversario alarga en esto
Un golpe atroz, que fuérate funesto,
A no estar su celada,
Como sus otras armas, encantada;
Mas al bravo Grifon herir no puede,
Mientras de este al furor su cota cede.

El pueblo ve que infanda
Va á ser al musulman esta contienda,
Y á los heraldos Noradino manda
Hacer que sin tardanza se suspenda.
Del uno así fué el otro separado,
Y el sabio rey por todos elogiado.

Los ocho caballeros que atrevidos,
Con la idea del triunfo se halagaron,
Por uno solo al verse así vencidos,
Uno tras otro, el campo abandonaron.
Vana fué, pues, de los demás la pena,
Que desierta encontráronse la arena.

Una hora duró corta
Toda aquesta funcion; mas Noradino,
A quien el juego prolongar importa,
Del palco baja; el campo despejando
En dos mitades la su gente pone,
Y, á cada cual un adversario dando,
A empezar nueva justa se dispone.
Lleno mas de coraje y de despecho
Por la infame conducta de Martano,
Que de su propio triunfo satisfecho,
Grifon el paso hácia su estancia lleva,
Do con el vil encuentra á su manceba.
Por calmar ambos su ira
Añaden el baldon á la mentira,

Si Grifon los creyó, no sé; discreto

Su excusa, empero, acepta; y en secreto
Manda que al punto apresten su partida,
Temiendo que, á la vista de Martano,
Contra él se agite el populacho insano.
Y él mismo luego por vereda extraña
Fuera de la ciudad los acompaña.

De allí á dos millas, por tomar reposo,
Y dar alguno á su caballo, se entra
En una venta que á su paso encuentra;
Desármase, desnúdase en seguida
Que quita á su corcel arnes y brida;
Solo, despues hácia una estancia oculta
Se parte, y en el lecho se sepulta,
Do presto dél el sueño se apodera.

Con la infiel embustera

Martano entónces á un jardin viniendo
Que allí cerca se hallaba, el mas horrendo
Concibe, el mas extraño
Plan á que nunca se asoció el engaño.

Su bridon y sus armas al guerrero
Sustraer imagina, y presentarse
Al rey en vez del bravo caballero
Que acababa en la lid de señalarse.
De la intencion á la obra pasa en breve;
El caballo mas blanco que la nieve
Roba á Grifon, y róbase el escudo,
Las armas, la divisa y vestimenta,
Y en la plaza con ellas se presenta
En el momento en que á su gente brava
Las armas deponer el rey mandaba,
Y mandaba asimismo
Que el premio á recibir de su heroismo
Se presentase el jóven que, montado
Sobre blanco bridon, de blancas plumas
Y blanca vestidura iba adornado.

Cual el asno cubierto
Con la piel del leon, el vil Martano,
Estas voces oyendo, se adelanta.

Y al rey se llega con semblante ufano.
Cortes el rey, al verle, se levanta,
Le abraza y á su lado le da asiento.

Obsequiándole así por varios modos,
Esmerarse en su obsequio manda á todos,
Y vencedor ordena

Que al son de las trompetas se proclame
Al caballero, cuyo nombre infame
De palco en palco con loor resuena.
De su lado le ruega no se aparte,
Y atiéndele cual á Hércules ó á Marte.

En su palacio luego
Suntuoso alojamiento le destina,
Y con él á sus pajes y escuderos
Festeja, y á su torpe concubina.

Mas tiempo es ya de que á Grifon tornemos.

Al despertar, notando con sorpresa
Que ya empezaba á declinar la tarde,
Salta del lecho y busca á toda prisa
La habitacion del impostor cobarde.

No hallándole, no viendo
Sus armas ni su ropa, agitado
Torna á buscar, y su inquietud se aumenta
Cuando, en vez de la suya,

Del vil Martano ve la vestimenta.
Llega el huésped en tanto, y le da cuenta
De como retornado,

Del resto de su gente en compañía,
El vil Martano á la ciudad habia,
Todo de blancas armas adornado.
Por las huellas que en vano

Tanto tiempo siguió, corriendo agora,
Ve bien Grifon que de su infiel señora
Es aquel el galan y no el hermano.

Duélele, pero tarde, sin recurso,
Haber dado mas crédito al discurso
De una embustera ingrat
Que del griego á la voz cuerda y sensata.

Miéntras pudo vengarse, no lo quiso;
Hoy que ya no lo puede, lo desea;
Y del traidor las armas y el caballo
Toma ; incauto! por ir á castigallo.

Mejor que en embrazar el torpe escudo,
O que en vestir la deshonorada cota,
Grifon hiciera en ir todo desnudo.
Su riesgo, empero, en su furor no nota;
Vistese y torna á la ciudad. Al día
De luz quedaba una hora todavía.

Hácia la izquierda de la puerta adonde
Llega Grifon levántase un castillo,
De cuyo interno lujo al raro brillo
La exterior solidez no corresponde.
Congregada en opíparo banquete
Allí del rey la noble compañía,
Se entregaba al placer y á la alegría.

El palacio y la roca en que se asienta,
La campiña dominan y la via
Que á la ciudad por aquel lado guia.
Así, no bien hasta sus puertas llega
Grifon, cubierto de la cota, insignia
De oprobio y de ignominia,
Con el traidor cobarde confundido,
Como tal fué beñado, escarnecido.

En gran favor y en el primer asiento,
De su digna manceba estaba al lado
El impostor malvado.

El rey, de verle junto á sí contento,
Le preguntaba el nombre y nacimiento
De aquel que á la ciudad tornar osaba
A hacer de su presencia ignoble alarde,
Despues de dar tal prueba de cobarde.

« Extraño me parece, » le decia,

« Que siendo caballero tan pujante

« Aceptado hayas tú tal compañía.

« Tu objeto fué, sin duda,

« Cuando aquí lo guiaste,

« Realzar tu valor por el contraste ;
 « Mas por el Dios del cielo yo te juro
 « Que, si mi admiracion por tu persona
 « Mi indignacion contra él no contuviera,
 « Justo castigo á su vileza diera
 « Mi enojo, que á los viles no perdona ;
 « Y sepa que si marcha sin castigo,
 « Lo debe solo á que llegó contigo. »
 — « Alto señor, » el pérfido responde,
 « No vuestro enojo esa razon contenga,
 « Que yo ignoro de donde
 « Ese hombre infame á vuestra corte venga.
 « Llegando de Antioquia,
 « Di con él por acaso en el camino,
 « Y á su aspecto juzgué que fuese dino
 « De venir de mi gente en compañía.
 « Por lo demas, no sé que consumado
 « Haya nunca otra hazaña
 « Que la que habeis vos mismo presenciado,
 « Y de la cual mi saña
 « Tal castigo le diera que de nuevo
 « Presentarse en la liza le vedara,
 « Si el respeto que debo
 « A vuestra Majestad no lo estorbara.
 « Ni por salvarle le valdrá que un dia
 « Vivió en mi compañía.
 « Della yo avergonzándome, con pena
 « Veré, señor, que al vil no se condena.
 « Colgadlo, en vez de permitir que parta,
 « Si quereis complacerme, de una almena ;
 « Digno tan noble ejemplo me parece
 « De un rey que á los cobardes aborrece. »

Estas razones Origile apoya :

« Mas no, » responde el rey ; « de ese guerrero
 « El proceder la muerte no merece.
 « Otro castigo yo imponerle quiero. »
 Dice, y llama á un heraldo, á quien al punto
 Sus instrucciones le da sobre este asunto.



Grifon prisionero, paseado por las calles de Damasco. (T. I, p. 303.)

Parte el heraldo, y de su armada gente
 En reunir buen número no tarda.
 Della pónese al frente;
 En la puerta en silencio el héroe aguarda,
 Y, cayendo sobre él á la improvista,
 Lo coge sin dar tiempo á que resista,
 Y le befa y le insulta

Y en oscura mazmorra le sepulta.
 El sol apénas, el regazo blando
 De su jóven esposa abandonaando,
 Las cumbres de los Alpes coloraba
 Y del valle las sombras desterraba,
 Cuando, temiendo la presencia y la ira
 Del valiente Grifon, el vil Martano
 Al rey pide licencia, y se retira.

Viendo aqueste que en vano
 Con viva instancia á detenerle aspira,
 Del usurpado triunfo añade al precio
 Un monumento insigne de su aprecio.

Pero partir dejemos al aleve,
 Que sus infamias va á pagar en breve.

Llena estaba de gente la ancha plaza
 Cuando, sin yelmo el héroe y sin coraza,
 De una túnica solo revestido
 Y cubierto de oprobio, conducido
 Cual se lleva al cadalso á un delincuente
 Fué sobre un alto carro, lentamente
 Tirado por dos vacas
 De largo ayuno débiles y flacas.

Del carro ignoble en torno caminaban
 Viejas horribles, sórdidas rameras,
 Que el placer de regir se disputaban
 É injurias contra el héroe vomitaban.
 Contra él tambien denuestos
 Rapazuelos imberbes exhalaban,
 Y lanzábanle piedras, y le hirieran,
 Si á juegos tan funestos
 Los hombres de razon no se opusieran.

Detras del carro, hundidas en el cieno,
Van las indignas armas
Que le hacen hoy pagar delito ajeno.
Párase en fin el carro; ante sus jueces
Llega Grifon, y allí se le condena
A soportar ignominiosa pena.

Delante á cada templo y cada casa,
Por exponerlo al público, lo llevan;
Por do quiera que pasa
Insultos é improperios se renuevan.
Así llega á las puertas

De la ciudad, de cuyo seno ciertas
De arrojarle por siempre se creían
Las gentes que á Grifon no conocían.

Mas este, apénas de sus férreos lazos
Sus pies ve libres y sus fuertes brazos,
Su espada empuña y á la chusma embiste,
Que á sus terribles golpes no resiste.
Hasta otro canto, empero,
Esta importante narracion difiero.

CANTO XVIII.

Márchase Rodomonte de Paris, y se encuentra en el camino con un enano que le da fatales noticias de Doralice. — Vuelve Carlomagno á fortificar á Paris. — Proezas del jóven Dardinelo. — Noradino aplaca á Grifon. — Fin de la historia de Origile. — Nuevos combates en Damasco. — Carácter y valor de Marfisa. — Embárcase esta con sus compañeros. — Tempestad. — Dardinelo muere á manos de Reinaldo. — Huyen los moros. — Audacia de Medoro y Cloridano.

Al placer de ensalzar vuestras virtudes,
Magnánimo señor, no sé si puedo
Entregarme sin miedo
De que lo humilde ó toscó de mi lengua
De vuestro alto esplendor redunde en mengua.
Una, entre otras virtudes, sobre todo
Mueve mi admiracion. Grata acogida

Encuentra siempre en vos el que á vos viene;
Vuestra alma, empero, su impresion contiene
Y aguarda así que la razon decida.

Al acusado ausente; cuántas veces,
Su defensa abrazando, disculpasteis,
Y tiempo le dejasteis
De venir á exponeros sus razones!
En su gesto, en su voz, en sus facciones
Buscando la verdad, un mes, un año,
Suspende os he visto vuestro juicio,
Por no fallar del inocente en daño.

No tanta injuria á obrar de esta manera
El rey de Siria al buen Grifon hiciera.
Señor, de eterna gloria
Vuestra prudencia os cubre. Noradino
Mancilló para siempre su memoria
Y deshecha su gente y maltratada
Vió por Grifon, cuya tremenda espada
Treinta derriba y mas cabezas. Huye
La chusma por el campo y la calzada,
Y las puertas obstruye
De la ciudad, do por entrar refluye.

Los que, en mover las plantas mas lijeros,
A sus puertas llegaron los primeros,
Alzando en esto el puente
Y penetrando en la ciudad, se alejan
Sin pensar en sus tristes compañeros,
Que al furor de Grifon expuestos dejan,
Y que, volver la consternada frente
Sin apénas osar, despavoridos,
Huyen lanzando quejas y alaridos.

De aquestos hombres en sus fuertes brazos
Alzando á dos el paladin valiente,
Contra un peñasco duro
La cabeza del uno hace pedazos;
Y por encima al muro
En la ciudad arroja
Al segundo, en quien, lleno de congoja,